

Ryokan, el Gran Tonto

-Poemas chinos-

Versiones de
Carlos A. Castrillón

Sepia Editores

Ryokan, el Gran Tonto

-Poemas chinos-

Versiones de
Carlos A. Castrillón

Sepia Editores
1996

Título del original en inglés:

One Robe, One Bowl: The Zen Poetry of Ryokan

© Original en inglés:

One Robe, One Bowl: The Zen Poetry of Ryokan.

Traducción del japonés e introducción de John Stevens, John Weatherhill, Inc., New York-Tokyo, 1984, 6a. Edición.

Poemas Chinos de Ryokan, El Gran Tonto

Selección y versiones del inglés:

Carlos A. Castrillón

Diseño y Diagramación:

Sepia Editores

Ana Mercedes Ocampo H

Carlos Alberto Cárdenas J.

Jorge Iván García A.

Impresión:

Gráficas 99, Cali

Primera Edición:

Enero 1996

Sepia Editores

Cra. 12 1-24 San Antonio, Cali

Ryokan (1758-1831) fue un monje japonés de la secta Soto del Zen y uno de los poetas más amados de Oriente. La sencillez y la naturalidad caracterizan su vida y su obra. Vivió en una ermita solitaria, dedicado a la mendicidad, a la práctica del Zen y a la poesía. *Daigu Ryokan* (Ryokan el Gran Tonto) fue su nombre literario.

De Ryokan afirma Alan W. Watts en *El Camino del Zen*: “En cierto sentido, Ryokan es un San Francisco de Asís japonés, aunque mucho menos evidentemente religioso. Fue un tonto errante, que jugaba con los niños sin avergonzarse, vivía en una choza solitaria del bosque, bajo un techo de goteras y con una pared llena de poemas escritos en su letra maravillosamente ilegible, como patas de araña, tan apreciada por los calígrafos japoneses”.

Ryokan escribió *haikú*, *tanka*, poesía tradicional y *kanshi* (poemas chinos). Estos últimos, de los que se conocen unos cuatrocientos, están emparentados con la poesía clásica china, en especial con el estilo del poeta chino Han-shan (Kanzan). Las presentes versiones fueron hechas a partir de la traducción inglesa de John Stevens: *One Robe, One Bowl (The Zen Poetry of Ryokan)*. John Weatherhill, Inc., of New York and Tokyo, 1984.

¿Quién dice que mis poemas son poemas?
Mis poemas no son poemas.
Cuando entiendas que mis poemas no son poemas,
podremos empezar a hablar de poesía.

Un estrecho sendero rodeado por un bosque espeso;
por todas partes, montañas en oscuridad.
Han caído ya las hojas del otoño.
No llueve, pero a las rocas aún las ennegrece el musgo.
Regreso a mi ermita por un camino que pocos conocen,
con una canasta de hongos frescos
y una jarra de agua pura del pozo del templo.

POEMA DE OTOÑO

Después de una noche lluviosa, el agua cubre
el camino a la aldea.

La densa hierba junto a mi cabaña amaneció fría.

En la ventana, lejanas montañas de un verdeazul de jade.

Más allá, un río fluye como seda resplandeciente.

Bajo un peñasco próximo a mi cabaña, lavo mi oído
inflamado con agua pura del manantial.

En los árboles, las cigarras recitan sus versos de otoño.

Yo había preparado mi túnica y mi cayado para una
caminata,

pero la serena belleza no me deja partir.

En la mañana, la fresca nieve frente al santuario.
¡Los árboles! ¿Estarán blancos por las flores de durazno
o por la nieve?
Los niños y yo alegres lanzamos pelotas de nieve.

POEMA PARA UN AMIGO AUSENTE

Primavera... Tarde en la noche doy un paseo.
Rastros de nieve persisten sobre pinos y cedros.
La luna radiante adorna las montañas.
Pienso en ti, a tantos ríos y montañas de aquí;
innumerables pensamientos, pero el pincel no se mueve.

Primavera... El apacible sonido del cayado de un monje
viene desde la aldea.

Verdes sauces en el jardín;

las plantas acuáticas flotan serenas en el estanque.

Mi cuenco guarda el aroma del arroz de miles de casas;
mi corazón renunció al dominio de riquezas y fama.

Acariciando en silencio el recuerdo de los antiguos Budas,
voy a la aldea a mendigar de nuevo.

El pelo hirsuto detrás de las orejas,
una túnica gastada que semeja nubes blancas
y humo negro.

Medio ebrio, medio sobrio, regreso a casa,
rodeado de niños que me guían por el Camino.

GOGO-AN

El viento sopla en mi pequeña ermita,
no hay nada en la habitación.
Afuera, un millar de cedros;
en la pared, varios poemas escritos.
Ahora la tetera está cubierta de polvo,
y no se levanta humo de la marmita del arroz.
¿Quién golpea a mi puerta iluminada por la luna?
Sólo un viejo de la Aldea Oriental.

De noche en lo profundo de las montañas,
solo en mi ermita,
escucho el lastimoso sonido de la nieve y la lluvia.
Un mono grita en la cima de una montaña;
el rumor del río en el valle se ha desvanecido.
Una llama oscila frente a la ventana;
sobre la mesa, el agua del tintero se ha secado.
Incapaz de dormir,
preparo tinta y pincel y escribo este poema.

Sentado en silencio sobre una áspera piedra,
veo las nubes que se acumulan aquí y allá.
Una dorada pagoda centellea bajo el sol.
Abajo, el manantial Ryuo, donde uno puede lavar
el cuerpo y el espíritu.
Arriba, pinos milenarios.
Una brisa fresca lleva a su fin el día.
Desearía caminar con otro que haya abandonado el mundo.
Pero nadie viene.

Otro día que se demora en terminar;
el cielo envía un frío amargo.
Hojas caídas cubren las montañas
y no hay viajeros que lancen sombras al sendero.
Noche interminable: Las hojas secas arden sin prisa
en la chimenea.
Por momentos, el sonido de la lluvia helada.
Aturdido, trato de evocar el pasado...
Pero sólo hay sueños.

Crepúsculo... Se levanta el humo desde la aldea,
un ganso de invierno grazna en el cielo,
el viento sopla por los pinares.
Solo, con el cuenco de arroz vacío,
tomo el camino de regreso.

Me siento en silencio a escuchar las hojas que caen...
Una cabaña solitaria, una vida de renunciación.
Se esfuma el pasado y olvido las cosas.
La manga de mi túnica, humedecida por las lágrimas.

Una noche fría... Solo, en mi cuarto vacío,
ocupado nada más que por el humo del incienso.
Afuera, un centenar de bambúes;
sobre la cama, varios libros de poemas.
La luna brilla a través de la ventana,
y toda la vecindad en silencio, excepto por el ruido
de los insectos.
Miro esta escena con una inmensa emoción,
pero sin una palabra.

Las vicisitudes de este mundo son como el desplazamiento
de las nubes.

Cincuenta años de vida no son sino un largo sueño.

Lluvia escasa: De noche, en mi ermita desolada,
aprieto con calma mi túnica y me apoyo en la ventana vacía.

Después de mendigar todo el día en el pueblo,
descanso ahora en paz bajo un peñasco en el fresco
de la tarde.

Solo, con una túnica y un cuenco...

¡La vida de un monje Zen es sin duda la mejor!

Un día y otro y otro,
los niños juegan en paz con este viejo monje.
Siempre llevo dos o tres pelotas en las mangas de mi túnica.
He tenido bastante para beber...
¡Tranquilidad de la primavera!

Enfermo de nuevo, por tercera vez en primavera.
Cómo quisiera que algún visitante me dejara un poema.
El año pasado jugué todo el día con los niños
en el Santuario de Hachiman.
¿Me estarán esperando ahora?

Cuando yo era un muchacho,
me gustaba jugar por todos lados.
Solía ponerme el vestido favorito
y montar en un caballo castaño de nariz blanca.
Hoy, paso la mañana en el pueblo
y la tarde bebiendo entre los duraznos florecidos del río.
De regreso a casa, he perdido el camino. ¿Dónde estoy?
Riendo, me encuentro cerca del burdel.

Primeros días de la primavera... Cielo azul, sol radiante.
Poco a poco, todo se refresca y reverdece.
Con mi cuenco, camino despacio hacia la aldea.
Los niños, sorprendidos de verme,
me rodean gozosos y me obligan a terminar
mi ronda de mendigo en la entrada del templo.
Pongo mi cuenco sobre una roca blanca
y cuelgo mi saco de la rama de un árbol.
Aquí estamos, jugando con hierbas silvestres y lanzando
una pelota.
Por un momento, yo corro a cogerla mientras los niños
cantan;
luego es mi turno.
Jugando así, aquí y allá, me olvidé del tiempo.
Los transeúntes me señalan y se burlan, preguntando:
“¿Cuál es la razón de semejante tontería?”
No respondo, sólo una profunda reverencia;
aun si respondiera, no entenderían.
¡Mira alrededor! No hay nada más que esto.

¿Quién podría simpatizar con mi vida?
Mi cabaña está cerca a la cima de una montaña;
y el camino hacia ella, cubierto de maleza.
En la cerca, una calabaza solitaria.
Desde el otro lado del arroyo, el eco del aserrío.
Enfermo, me recuesto en la almohada y miro el amanecer.
El canto de un ave en la distancia...
Mi único consuelo.

Me hospedo en un viejo templo:
Terminó la noche, el salón vacío.
El frío insoportable me impidió dormir;
sentado en silencio, espero el toque de la campana.

Solo, vagando por las montañas,
encuentro una ermita abandonada.
Los muros se han desmoronado, y no queda más que
un sendero de zorras y conejos.
Junto a un viejo bosquecillo de bambúes, el pozo seco.
Las telarañas cubren un libro de poemas, olvidado
bajo la ventana.
El piso lleno de polvo,
la escalera completamente oculta por la impetuosa
hierba de otoño.
Los chirridos de los grillos, molestos por mi inesperada
visita.
Miro hacia arriba y veo el sol en el ocaso...
Insoportable soledad.

HOTOTOGISU

La primavera ha pasado; montañas y valles
ocultos bajo la lluvia y la niebla.

En la tarde se apagó el canto del hototogisu,
pero ahora, avanzada la noche, su voz viene de nuevo
desde el bosquecillo de bambúes.

GUERRA DE HIERBAS

Una vez más, los niños y yo jugamos a la guerra
con hierbas de primavera.
Avanzando, retrocediendo, cada vez con más refinamiento.
El crepúsculo... Todos regresan a casa;
la luna, brillante y redonda, me ayuda a soportar
la soledad.

¡Ryokan, Maestro Zen!
Como un tonto, como un ignorante,
¡mente y cuerpo completamente dormidos!

MENDIGANDO

Por hoy, he terminado de mendigar; en el cruce de caminos
me voy hacia el Santuario de Hachiman
hablando con algunos niños.

El año pasado, un monje tonto;
este año, igual.

Con un cuerpo viejo e inútil,
he visto muchas generaciones de flores en esta ermita
ajena y solitaria.

Cuando llegue la primavera, si todavía estoy vivo,
de seguro vendré a veros de nuevo...

Esperad el sonido de mi cayado.

Sueño ligero, el azote de la vejez:
Dormitar, sueños en la tarde, despertar de nuevo.
Vacila el fuego en la chimenea; toda la noche
una lluvia constante baña el platanero.
Esta es la época en que quisiera compartir mis emociones...
Pero estoy solo.

Peldaños de piedra, un montículo de musgo verde
y lustroso;
el viento trae el aroma de pinos y cedros.
La lluvia ha cesado y comienza a clarear.
Llamo a los niños mientras voy por saké
Luego de beber bastante, escribo dichoso estos versos.

Verdes montañas atrás y adelante,
nubes blancas al Este y al Oeste.
Aun si encontrara un compañero de viaje,
nada nuevo podría contarle.

EL CUENCO VACÍO: DOS POEMAS

En el cielo azul, el graznido de un ganso invernal.
Las montañas desnudas; nada más que hojas que caen.
El crepúsculo: Regreso por el desierto camino de la aldea,
solo, trayendo mi cuenco vacío.

Tonto y testarudo... ¿Cuándo podré descansar?
Esta vida, solitaria y pobre.
El crepúsculo: Regreso de la aldea
trayendo de nuevo mi cuenco vacío.

Mi vida puede parecer triste,
pero recorriendo este mundo
me he encomendado al Cielo.
En mi saco, seis cuartos de arroz;
en la chimenea, un bulto de leña.
Si alguien pregunta cuál es el signo del conocimiento
o de la ilusión,
no podría decir: La riqueza y el honor no son más que polvo.
Cuando cae la lluvia vespertina, me quedo en mi ermita
y estiro los pies como respuesta.

Ayer estuve en el pueblo mendigando comida
por todas partes.

Mis hombros ya son solventes y no puedo recordar
la última vez que tuve un buen saco de arroz.
El frío intenso me recuerda siempre mi delgada túnica.
Mis viejos amigos, ¿a dónde han ido?
Son pocas las caras nuevas.
Mientras camino hacia el desierto pabellón de verano,
sólo el último viento de otoño sopla entre los pinos
y los robles.

Un solitario día de invierno, claro y luego nublado.
Quiero salir y no lo hago, gastando tiempo en la indecisión.
De repente, un viejo amigo viene y me pide que beba con él.
Feliz ahora, saco el pincel y tinta y mucho papel.

EL LADRÓN

Un ladrón se ha llevado mi cojín y mi colcha.
¿Por qué asaltó mi ermita? La puerta nunca está cerrada.
Termina la noche y me siento en silencio junto
a la ventana...

Una lluvia escasa cae con ligereza contra el bosquecillo
de bambúes.

Con el cayado en la mano, voy por la orilla del río
hacia la aldea.

La nieve permanece indecisa, pero el viento del Este trae
las primeras noticias de la primavera.

El canto de un uguisu deambula entre los árboles;
la hierba comienza a mostrar un toque de verde oscuro.

Me encuentro por casualidad con un viejo amigo.

Sentados en una colina, mirando el valle, conversamos.

Más tarde, en su cabaña, abrimos muchos libros
y bebemos té.

Esta noche estoy traduciendo en verso la escena
de la tarde...

Flores de ciruelo y poesía, ¡qué maravillosa combinación!

La lluvia intermitente... En mi ermita
una llama solitaria parpadea mientras regresan los sueños.
Afuera, el sonido de la lluvia que cae.
Mi cayado, negro y nudoso, descansa contra la pared.
La chimenea está fría, ni un carbón aguarda a
mis imaginarios visitantes.
Alcanzo un volumen de poemas.
Esta noche, en soledad, una profunda emoción.
¿Cómo podré explicarla mañana?

¡Los largos días de verano en el Templo Entsu-ji!
Todo es fresco y puro,
las emociones mundanas nunca vienen por aquí.
Me siento bajo la sombra, a leer poemas.
Belleza por todas partes: Soporto el calor
escuchando el sonido de la noria.

¿Cuál será mi legado permanente?
Flores en primavera,
el hototogisu en verano
y el carmesí de las hojas en otoño.

La vida es como una gota de rocío,
vacía y fugaz;
se han terminado mis años
y ahora, frágil y tembloroso,
debo desvanecerme.

Sepia Editores
Cali
1996